

Fantasmas en tu videoteca

Una revisión acerca de películas sobre gays y lesbianas

De entrada no me gusta demasiado ver películas que hablen de gays o lesbianas. Y, a pesar de todo, las busco con pasión en estanterías públicas y privadas, videoclubes, biblio o mediatecas, filmotecas, grandes superficies, etc. Me explicaré. Cuando entro en una sala de cine o en casa veo un DVD que trata sobre nosotros/as (gays o lesbianas) me siento espectador a la vez privilegiado –hablan de mí como sujeto– y negado –me interpelan, pero no, en ocasiones, no tienen en cuenta mi punto de vista–. Y, en ocasiones, también, me ofenden con sus representaciones. Es incómodo tener una vara de medir siempre alerta sobre lo que vemos, lo que consumimos, lo que nos interesa o no, pero quién más quién menos la tiene. Imagino que una enfermera o un arquitecto, un marroquí o una persona con discapacidad no buscan ni encuentran siempre películas en las que se aborden esos aspectos de sus vidas, pero cuando se topan con una, la observan con detalle, y se fijan en cómo les muestran o se les trata como grupo social o profesional. En definitiva: la imagen que se da de ellos. Una imagen que crea opinión. También sentirán cierto gusanillo previo por verlas, si saben que existen –hablan, de ellos, a fin de cuentas–.

Por muchas razones, gays y lesbianas hemos sido *ausentes/fantasmas* durante la historia del cine. *Ausentes* porque hace sólo veinte años era una excepción preciada y preciosa y no algo habitual ver filmes donde salieran gays o lesbianas que se mostraran como tales. *Fantasmas* porque, a pesar de la negación y la censura, hemos estado, de un modo u otro, presentes en el cine desde sus orígenes mismos.

Cuando se me propuso hacer un texto acerca de las películas que versan sobre gays y lesbianas y cómo tratan el tema con el objetivo de que los y las bibliotecarios/as las incorporen con algún criterio a las colecciones y adquisiciones, me pareció una labor rutinaria, hasta penosa. Hay varias páginas web, libros, revistas y guías de recursos, no suficientes, todavía contadas, pero haberlas haylas, si se quiere realmente buscar e incorporar a nuestros centros las películas de temática homosexual. Por eso voy a dedicar este artículo a los fantasmas que pueblan y seguirán poblando hasta la más heterosexista o heterocentrada de las videotecas, mediatecas, bibliotecas...

El primero de los fantasmas es el Fantasma con mayúscula. Desde tiempos inmemoriales el cine de terror ha presentado a gays y lesbianas como sujetos monstruosos o perversos. Desde el bisexual conde *Drácula* hasta la bisexual asesina protagonista de *Instinto básico* nuestros instintos, básicos o sofisticados, han poblado el cuarto oscuro, lo más siniestro (1) del imaginario (hetero)sexista oficial. No en vano uno de los primeros genios del género terrorífico fue un mariquita casi *fuera del armario*, y, finalmente, casi rechazado y, desde luego, olvidado por los grandes estudios. Se trata de Jhames Whale director de *Frankenstein* y su secuela *La novia de Frankenstein*, cuya vida y lucha contra la homofobia de la industria aparecen recogidas con dignidad en la reciente *Dioses y monstruos* de Bill Condon, adaptación a la pantalla de la novela de Christopher Bram *El padre de Frankenstein*. En ella se muestra cómo una de las comunidades donde más gays y lesbianas había y

Eduardo Nabal Aragón

Diplomado en
Biblioteconomía y
Documentación por la
Universidad de Salamanca

hay, debido a presiones externas –productoras– e internas –murmuración, necesidad de apariencia ante público, comentaristas y columnistas– pasa a ser una de las comunidades más homofóbicas y estigmatizadoras. En 1941 el productor independiente de películas de terror Val Lewton y el realizador Jacques Tourneur realizan el clásico *La mujer pantera*, una historia de miedo que camufla otra de lesbianismo reprimido, de sexualidad en el armario. Irena puede ser un monstruo pero es también la mujer que no puede/quiere tener relaciones con su marido y en cambio se siente atraída por un inmemorial “matriarcado maldito” que se resiste a desaparecer. El fálico bastón-espada de un psiquiatra algo crápula pondrá fin a la vida de la protagonista y nos devolverá a la dudosa tranquilidad de un orden socio-sexual excluyente. Lesbianismo y monstruosidad, animalización, seguirán apareciendo unidos de un modo más explícito en otros filmes de cine fantástico o género criminal como *The Haunting* de Robert Wise o *La gata negra* de Edward Dymtrick. Sofisticados o brutales, caricaturizados o retratados en tópicos relaciones de dependencia, estos personajes empiezan a mostrarse, no obstante, con cada vez menos tapujos, como sexualmente incorrectos.

Las comedias también fueron un terreno privilegiado para la aparición de personajes que, aunque carentes de autodefinición como gays y lesbianas, podían ser vistos –de un vistazo– como mariquitas y tortilleras. La afectación y el afeminamiento del simpático mayordomo que interpreta Edward Everett Horton en las comedias de Lubitsch y otros realizadores de menor importancia nos da mucho que pensar. Las lesbianas son menos visibles, pero en la soltería y escasa feminidad de algunas mujeres pueden rastrearse lo que se consideraba rasgos sáficos. Es el caso de la estricta gobernanta Mrs. Danvers, ama de las llaves del armario de *Rebeca*, o de la forzuda y malvada carcelera interesada más de la cuenta por las reclusas jóvenes y atractivas de *Sin remisión* de John Cromwell. La censura vigente, a través del tristemente célebre *Código Hays*, impedía tratar muchos temas, no sólo la homosexualidad. No obstante, y tal y como aparece reflejado en el excelente y didáctico documental de Jeffrey Friedman y Bob Epstein *El celuloide oculto*, todos los

otros tabúes fueron cayendo mientras que la prohibición de tratar de un modo explícito o positivo la homosexualidad en la pantalla permaneció hasta los sesenta. Directores como Otto Preminger, Elia Kazan, Billy Wilder, Richard Brooks o Fred Zinneman se atrevieron por primera vez con temas considerados *fuertes* como la prostitución, el alcoholismo, la sexualidad femenina, la pena de muerte o el abuso de drogas. Pero la barrera antigay y antilesbiana se mantuvo más firme, menos maleable, con menos fisuras por donde filtrar la disidencia sexual en las nuevas propuestas filmicas. En la novela original de Charles Jackson *Días sin huella* (*The lost weekend*) Don es un joven que bebe porque no acepta su homosexualidad. En el filme de Wilder se convirtió en un escritor sin inspiración, ni para escribir ni para tener relaciones con su novia, todo sea dicho. El grupo de excombatientes furiosos de *Encrucijada de odios* de Edward Dymitrick muestra la homofobia reforzada por el ejército al asesinar a un joven gay en la novela *The Brick Foxhole*, de Richard Brooks. En la versión cinematográfica la homofobia se ha convertido en antisemitismo y acaban asesinando a un judío. Se podía ser liberal, pero hasta cierto punto. Lo mismo ocurrió con varias adaptaciones cinematográficas de los éxitos en Broadway del dramaturgo gay fuera del armario Tennessee Williams. Lo que era apto para los oídos del selecto e intelectual público de Broadway podía no serlo para el común de los espectadores de las salas de cine, un cine que además se exportaba al mundo entero. Así en *La gata sobre el tejado de zinc* se obviaba cualquier referencia clara a la homosexualidad de Brick (Paul Newman) pero su negativa a tener relaciones sexuales con su esposa y la fidelidad a la memoria de su amigo muerto no dejaba lugar a dudas sobre “de qué iba el asunto”. Algo más atrevida *De repente, el último verano* llegaba a insinuar la pasión del joven poeta muerto (Sebastián) por los jovencitos mediterráneos y pasolinianos. Su final es, nuevamente, una muerte horrible, a mano de “aquellas bocas hambrientas a las que había seducido”

El terreno del crimen parecía permitir ciertas licencias con *otro tipo de criminales*. La excelente e incomprensida película de Hitchcock *La soga* convierte a John Dall y Farley Granger en dos *sáficos asesinos* de

un joven “intelectualmente inferior” según la obra de teatro de Patrick Hamilton. Una fiesta, un crimen, sobreentendidos, familiares alarmados haciéndose preguntas sin respuesta y en medio de todo un arcón, un armario, un ataúd con el cuerpo de un joven. El libro de Boris Izaguirre, *El armario secreto de Hitchcock*, aborda, algo superficial, pero exhaustivamente el tema de la homosexualidad en la obra —ya elevada a los altares de la cinefilia— del maestro inglés. Desde *Murder a Psicosis* pasando por el sofisticado Bruno Haines de *Extraños en un tren* los malos de Hitchcock, e incluso algunos buenos, dan qué pensar en lo que a su verdadera identidad sexual se refiere.

De los altares de la cinefilia, europea en este caso, vendrá el destape definitivo con películas como *Víctima* (Basil Dearden, 1961), *El sirviente* (Joseph Losey, 1962), *Muerte en Venecia y Confidencias* (Visconti, 1971, 1974) o *Teorema* (Pier Paolo Pasolini, 1968), de maestros ingleses e italianos. La pátina de intelectualidad y/o seriedad de los cine-clubes de los sesenta y setenta, su semiclandestinidad, y el hecho de tener referentes o literarios como punto de partida hizo posible la rebaja progresiva de la censura, que se pudieran visionar aquí primeros títulos que muestran a gays y lesbianas de un modo, si no siempre positivo, al menos no destructivo o aleccionador.

De esa misma pátina intelectual y del hecho de ser adaptaciones de obras prestigiosas se habían beneficiado a medias también algunos directores de Hollywood. Los personajes gays de las obras de Tennessee Williams de los cincuenta nunca son nombrados como tales, pero el espectador lo sabe y, lo que es más importante, sabe que lo sabe el director y todo el equipo que ha hecho el filme. El suicidio era el final reservado para la mayoría de los personajes gays y lesbianas del destape hollywoodiense. El joven marido de Blanche en *Un tranvía llamado deseo* (Elia Kazan, 1951), la atormentada Martha (Shirley McLaine) de *La calumnia* o el mismísimo candidato a presidente de EE.UU. de *Tempestad sobre Washington* podían ser “redimidos por la muerte” de sus “pecados” pasados o de simples dudas y tentaciones pasajeras. También era posible volver al redil, como el femenino Tom Lee de *Té y simpatía*, de Vicente Minnelli que, después de sufrir *bulling* en el

internado masculino, se enamora de una madura profesora, que *lo salva*. *Bulling* escolar y callejero/pandillero sufre también Sal Mineo en *Rebelde sin causa*, (Nicholas Ray, 1955), a todas luces y, aunque no se llegue a declararse abiertamente, locamente enamorado del protagonista, Jimmy (James Dean). Su muerte final parece el destino inevitable de cualquier gay medianamente visible en la era maccarthy. Habrá que esperar a los sesenta y a títulos independientes como *Cowboy de medianoche* de John Schlesinger (1968) o *Los chicos de la banda* de William Friedkin (1969) para que lesbianas y, sobre todo, gays sean nombrados, aunque en este caso se siga viendo la homosexualidad como patología o, por lo menos, como origen-destino de la infelicidad de los protagonistas.

Pero en películas *mainstream* como la oscarizada *Ben-Hur* (1959) de William Wyler una ruda amistad masculina pudiera ser algo más si, el guionista (Gore Vidal) lo dejaba entrever con sutileza y de espaldas a los productores. Por no hablar de la atracción física de Laurence Olivier por el criado Tonino que encarna un jovencísimo Tony Curtis en la recientemente restaurada *Espartaco*. Ambos protagonizaron una escena de baño e intimidad, censurada y recientemente recuperada, donde la opción sexual es equiparada por el patricio a la elección gastronómica. El actual *revival* del *peplum* con títulos todavía tímidos como *Troya* (2003) o *Alejandro Magno* (2004) de Wolfgang Petersen y Oliver Stone van despejando algo de lo que se oculta tras las batallas, las disputas familiares, la filosofía griega, la poesía y la prosa épicas y las falditas de romano. Otra apropiación desestabilizadora a un género tradicionalmente masculinista va a venir de la mano del realizador de origen taiwanés Ang Lee que acaba de triunfar en festivales y carteleros con una historia de amor entre dos rudos vaqueros en su western gay. Una relación homosexual que ya estaba latente en western “clásicos” como *El zurdo* de Arthur Penn o *La verdadera vida de Jesse James* de Nicholas Ray.

La crítica cinematográfica, no sólo pero significativamente en el estado español, ha sido un terreno acotado a varones, un campo de intelectualidad machista y autocomplaciente. Revistas de gran prestigio cinéfilo como *Dirigido* siguen sin tener una sola

mujer entre sus colaboradores y, a tenor de sus comentarios y sus silencios, tampoco hay gays y lesbianas –dispuestos a hablar como tales– en su plantilla. Por ello será la filosofía, la crítica literaria y los estudios culturales los que, con pioneros como Roland Barthes (*El placer del texto*), pondrán sobre la mesa la posibilidad de apropiarse de textos ajenos y excluyentes (aparentemente heteros) desde posiciones perversas, en las que la mirada del espectador/a omitidos –gays y lesbianas– puede hacer suyos historias y personajes que, inicialmente, no le están destinados a través de estrategias de lectura. Como dice Barthes (2) “cuanto más una historia está contada de una manera decorosa, sin dobles sentidos, sin malicia, edulcorada, es mucho más fácil revertirla, ennegrecerla, leerla invertida. Esta reversión, siendo producción, desarrolla soberbiamente el placer del texto”. Una película polémica, aparentemente rompedora, virilizante, apocalíptica y de gran éxito comercial como *El club de la lucha* de David Fincher puede ser vista como una historia de esquizofrenia, alienación social, violencia urbana, como un triángulo amoroso o un *thriller* de doble personalidad, pero también como una historia de amor sadomasoquista entre dos hombres, los personajes que encarnan Brad Pitt y Edward Norton. La feminista *Thelma y Louise* es una historia de amistad y solidaridad entre mujeres frente a la violencia machista pero acaba con un beso en los labios de dos rebeldes con causa antes de lanzarse al abismo del mismísimo Gran Canyon. ¿Es ese beso posible sin estar al borde de un precipicio? El cine comercial nos lo sigue poniendo difícil.

En el cine independiente ya ha habido revisiones de clásicos desde un punto de vista *queer* (rarito, torcido, no heteronormativo) como es el caso de *Swoon* de Tom Kalim que resucita con estética marica y ética algo amoral la historia de amor de los asesinos de *La saga*, poniendo en primer término su status de gays en una sociedad homofóbica.

El cine español, por la peculiar idiosincrasia de un régimen dictatorial de cuarenta años, censuró o sencillamente no estrenó algunas películas extranjeras que abordaban el tema. Pero, incluso bajo la censura franquista o fraguista, se hicieron películas por

estos lares que dan mucho que pensar. Las películas de amistad viril y camaradería con ribetes fascistas permitían sublimar historias de amor imposible. Es el caso pintoresco de filmes propagandísticos y hoy arqueológicos como *Harka* o *¡A mí la legión!* de Rafael Gil y Juan de Orduña, donde contextos homosociales y heroicos como el ejército permitían licencias afectivas entre hombres, en ausencia de mujeres, que no podían escapar al espectador avisado. Hubo que esperar a títulos pioneros, que sorprendentemente burlaron la censura, como el musical *Diferente* de Alfredo Olaria o algunos títulos posteriores de Aranda, Saura, Chávarri o Uribe para que gays y lesbianas protagonicen las historias que nos cuentan en las pantallas. Un caso muy especial, en la transición democrática, es el del director-escándalo (a redescubrir) Eloy de la Iglesia que rompió esquemas hablando de gays, delincuencia, represión política, nacionalismo, religión y drogadicción, a veces de todo a la vez en una sola película. *Los placeres ocultos*, *El diputado*, *El sacerdote* y *El pico* siguen siendo hitos en el desafío abierto a la censura vigente.

Serán también algunos *remakes* de títulos géneros clásicos del viejo Hollywood los que harán imposible que sigamos corriendo un tupido velo de ignorancia sobre lo que dicen o intentaban decir algunos de ellos. *Lejos del cielo*, maravilloso melodrama de Todd Haynes, incluye algunos apuntes antihomofóbicos mientras imita con elegancia la estética estilizada, el saturado technicolor y la temática de los desmelenados melodramas del Douglas Sirk de los cincuenta. Algunos de estos melodramas estaban, además, protagonizados por el actor en el armario Rock Hudson y narraban historias de rechazo social, amores interraciales o interclasistas y provincianismo moral.

La versión de Anthony Minghella de *El talento de Mr Ripley* pone en primer término la homosexualidad del astuto y atormentado Ripley y así nos impide ver del mismo modo el clásico descafeinado de Rene Clement *A pleno sol*, con un joven y bronceado Alain Delon *seduciendo casi por igual a hombres y mujeres* en la versión de 1958 de la novela de Patricia Highsmith.

No sólo se ha abierto un campo para historias de gays, lesbianas, transexuales, bisexuales y/o queers en el cine, sino que desde

posiciones perversas (queers) (3) podemos releer y revisar hoy títulos clásicos y contemporáneos, pelearnos o reconciliarnos con ellos, pero siempre desde una mirada propia y apropiativa, donde la disidencia sexual aparece en los rincones más insospechados de las videotecas. 🚩

Notas

- (1) Para profundizar algo más sobre las relaciones entre homosexualidad, homofobia y cine fantástico ver el artículo de Alberto Mira "Su peor fantasía: La homofobia como proyección paranoica en el cine de terror" en *Lo siniestro: Actas del VI Curso de Cine y Literatura* organizado por el Aula de Cine y Audiovisuales de la Universidad de Burgos. UBU, publicaciones. 2005.
- (2) BARTHES, Roland. *El placer del texto*. Madrid, Siglo XXI, 1984.
- (3) A este respecto se hace imprescindible volver al denso y certero estudio de las relaciones entre gays y lesbianas y los mass-media planteado por Ricardo Llamas en *Mix-Media. Hacia una lectura perversa de la comunicación de masas*, publicado a mediados de los noventa por Ediciones La Tempestad.

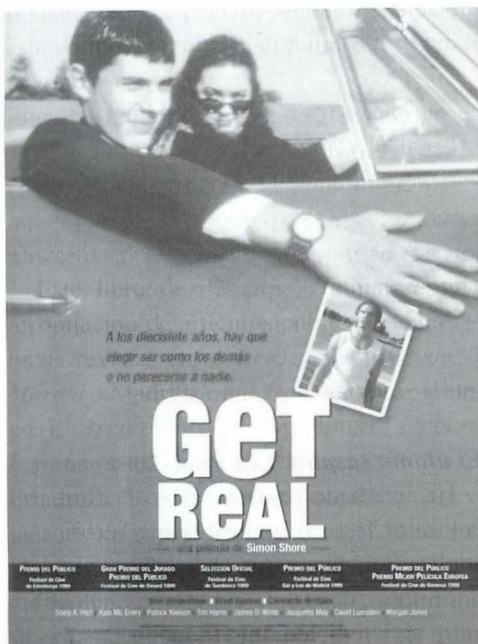
Listado de películas recientes que abordan esta temática

G: Temática fundamentalmente gay

L: Temática fundamentalmente lésbica

Get Real. Simon Shore, 1998 (G)

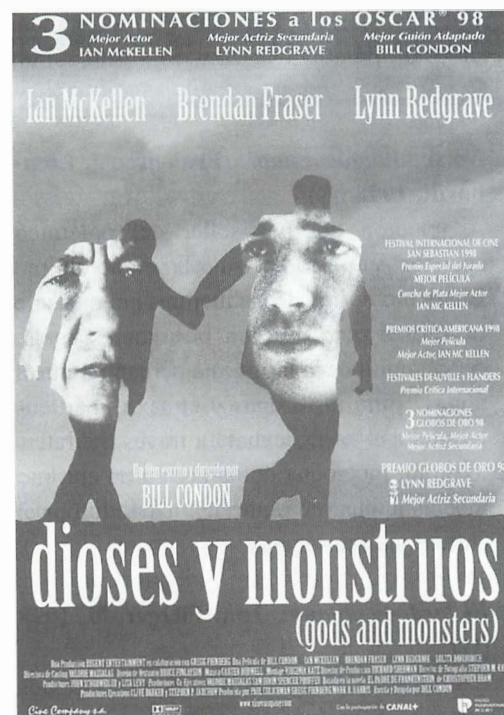
Amable y simpática producción del realizador británico Simon Shore que se adentra en las aventuras y desventuras de un joven estudiante estadounidense y sus vivencias del despertar (homo) sexual, la búsqueda



del amor y la salida del armario en un entorno académico y grupal no muy propicio para ello. Primera película del director de *Cosas que hacer antes de los treinta*.

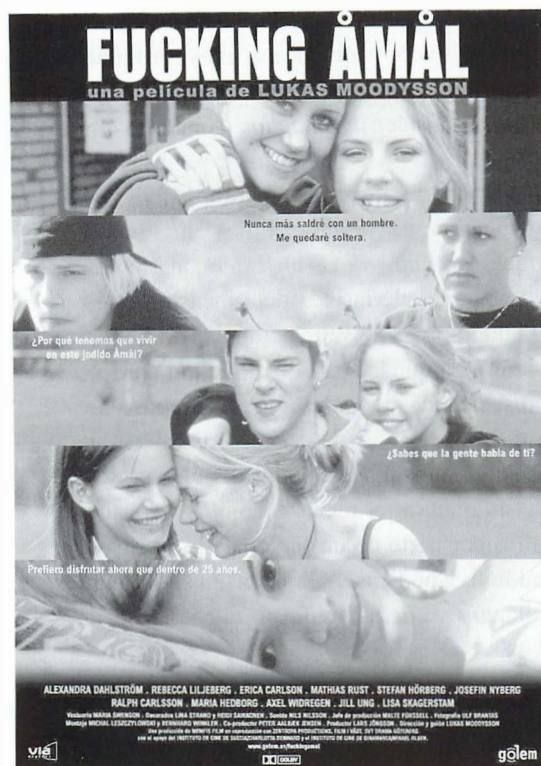
Dioses y monstruos. Bill Condon, 1998 (G)

Adaptación de la novela de Christopher Bram, *El padre de Frankenstein*, narra los últimos años de la vida del cineasta James Whale a través de su relación con un joven y jardinero que le sirve de modelo pictórico y resucita sus recuerdos. Hace un repaso de la vida en Hollywood del mítico realizador desde su lado más humano, su afición secreta a la pintura, el rechazo homofóbico que sufrió por parte de un sector de la comunidad hollywoodiense, sus fantasmas íntimos, hallazgos y obsesiones.



Fucking Amal. Lukas Moodyson, 1998 (L)

Otra historia de despertar y amor adolescente filmada con frescura por el holandés Lukas Moodyson, que se inició en el movimiento Dogma. Esta vez el relato transcurre en una pequeña y aburrida ciudad de provincias y la protagonista es una chica que decide asumir su lesbianismo y plantar cara a la familia, la escuela y el lugar en que reside.



No se lo digas a nadie. Francisco J. Lombardi, 1998 (G)

Adaptación del best-seller del polémico escritor y periodista colombiano Jaime Bayly, no es una de las mejores películas de Lombardi pero muestra la hipocresía y la doble moral de la burguesía peruana frente a temas como las drogas y el sexo –particularmente el homosexual– a través del retrato de un joven gay que crece en un entorno machista, beato e hipócrita, marcado por el culto a las apariencias.

El jardín colgante. Tom Fitzgerald, 1998 (G)

Un bello y singular filme, con toques surrealistas, sobre un joven que vuelve a casa para la boda de su hermana. El joven “se suicidó” en la adolescencia al verse rechazado por su primer amor –otro chico– y a su regreso se encuentra con un panorama familiar marcado por la decadencia. El único largometraje estrenado en España del director canadiense Tom Fitzgerald sorprende por su imaginación visual y agri dulce sentido del humor.

El hada ignorante. Ferzan Ozpetek, 1998 (G)

Una mujer descubre, después de la muerte accidental de su joven marido, la doble vida de éste, a su secreto amante masculino y

entra en contacto con una comunidad de personas donde se mezclan el mestizaje racial, sexual y genérico. Tercera realización del director italo-turco Ferzan Ozpetek que se dio a conocer gracias a su *Haman, el baño turco*, *El hada ignorante* es una deliciosa mezcla de drama y comedia y un canto a la diversidad.

Sacerdote. Antonia Bird, 1999 (G)

Un joven sacerdote debe enfrentarse con la homofobia de la pequeña comunidad en la que vive y de la institución a la que pertenece en este drama británico dirigido por Antonia Bird. Destaca la presencia de Robert Carlyle (*Full Monty*) como amante secreto del párroco.

Aimee y Jaguar. Max Farberbock, 1999 (L)

El nazismo separa a dos mujeres que se aman, Aimee y Jaguar, ésta última casada con un machista oficial del ejército nazi. Basada en hechos reales, con mezcla de humor y melodrama, es una encantadora historia de amistad y amor lésbico y una brillante reconstrucción del contradictorio y rutilante Berlín de la época.

Krampack. Cesc Gay, 2000 (G)

Dani recibe a Nico, su mejor amigo, para pasar el verano juntos en la Costa Brava. Nico quiere ligar con chicas y participar en fiestas pero a Dani le gusta Nico. Una adaptación modesta, pero digna, de la obra de teatro del mismo título con grandes interpretaciones de los jovencísimos Fernando Ramallo y Jordi Vilches.

La virgen de los sicarios. Barbet Schroeder, 2000 (G)

Un hombre vuelve a Medellín (Colombia) para morir allí. Pero descubre el amor en un joven prostituto que es además un sicario a sueldo metido en problemas. Dura y valiente adaptación de la novela homónima de Fernando Vallejo aborda el tema del amor intergeneracional e interclasista.

El último suspiro. Léa Pool, 2001 (L)

Un internado para chicas es el escenario del amor lésbico imposible que siente una adolescente hacia sus dos compañeras de dormitorio, dos adolescentes muy diferentes entre sí. Un melodrama triangular realizado



con soltura por la directora canadiense Léa Pool.

***Hedwig and the angry inch.* John Cameron Mitchell (2001) (G)**

Un joven de la república alemana del este no sólo traspasa el muro de Berlín para convertirse en una estrella del rock marginal sino que descubre una nueva identidad sexual. Delicioso y valiente musical de John Cameron Mitchell, protagonizado por él mismo en el papel protagonista y donde se aborda el tema del transgenerismo desde una óptica nueva y desenfadada.

***Manjar de amor.* Ventura Pons, 2002 (G)**

Paul, un joven e indeciso aspirante a pianista, viaja con su madre a Barcelona donde se enamora de Richard, un concertista consagrado. Una adaptación fiel del realizador catalán Ventura Pons de la novela *Junto al pianista* del escritor David Leavitt.

***La memoria de los peces.* Liz Gill, 2003 (L)**

Esta comedia explora con autenticidad las relaciones hetero, lésbicas y bisexuales en el Dublín contemporáneo a través de unos pocos personajes. Relaciones donde no faltan los celos, los descubrimientos inesperados y, sobre todo, la búsqueda del amor.

***Su hermano.* Patrice Chereau, 2003. (G)**

Un hombre que está muriendo de una disminución de las plaquetas sanguíneas avisa a su hermano gay, con el que no mantenía relación desde hace años, para que le acompañe en su enfermedad y le ayude a morir. Duro filme de Patrice Chereau, donde realiza un interesante desplazamiento, al hacer que el cuerpo medicalizado sea el protagonista heterosexual.

***Kinsey.* Bill Condon, 2004 (G)**

Reconstrucción biográfica de la trayectoria vital, amorosa y polémicos trabajos del célebre sexólogo Alfred Kinsey y del revuelo que sus revelaciones sobre la homosexualidad (tapada) de los estadounidenses provocaron en la época del macartismo. Segundo trabajo del director de *Dioses y monstruos* tiene grandes interpretaciones de Liam Nelson y Laura Linney.

***Cachorro.* Miguel Albadalejo (2004) (G)**

Inmersión en clave de comedia, amable y

sentimental, del director andaluz en el mundo de los osos, gays gorditos y peludos, a través de la historia de un dentista madrileño que acoge en su casa a su sobrino adolescente.

***De-Lovely.* Irwin Winkler, 2004 (G)**

Reconstrucción en clave “camp”, estilizada y casi puramente musical de la vida de Cole Porter, el famoso compositor estadounidense y de la vivencia de su sexualidad en la Norteamérica de la primera mitad del siglo XX. Un musical agradable con una gran interpretación de Kevin Kline como Porter y de Ashley Judd como su liberal esposa.

***La mala educación.* Pedro Almodóvar, 2004. (G)**

A pesar de su rocambolesca trama y de que no profundiza demasiado en el tema de los abusos sexuales y la homofobia en los colegios religiosos durante el franquismo, es una de las mejores películas de su director gracias a su cuidada puesta en escena y a las soberbias interpretaciones de Fele Martínez y, sobre todo, Gael García Bernal, en un doble papel.

***Yossi y Jagger.* Eythan Fox, 2005. (G)**

La historia de amor ¿imposible? entre dos soldados israelíes, en las horas previas a una “salida al frente”. Basada en una historia real es un filme sencillo y conmovedor. El director de *Caminar sobre las aguas*, donde ya incluía un personaje homosexual, realiza aquí una bella, delicada y profunda película donde se denuncia la homofobia del ejército y la sinrazón de los conflictos bélicos.

***Brokeback Mountain. En terreno vedado.* Ang Lee, 2005 (G)**

Historia de amor, encuentros y desencuentros entre dos cowboys en este insólito y premiado western de Ang Lee director de origen taiwanés y autor de películas tan conocidas como *El banquete de boda*, *La tormenta de hielo* o *Sentido y sensibilidad*. Basada en el relato de la escritora, premio Pulitzer norteamericana Annie Proulx *Brokeback mountain* está ambientada en los agrestes parajes de Texas y Wyoming y lanza una mirada diferente a la mitología del cowboy.